

3. Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, Fundación de la congregación de Hermanas del Amor de Dios

3.1 “El amigo fiel no tiene precio”

La familia Usera conserva la tradición de que Jerónimo, al volver de Puerto Rico, pasó unos días en Madrid con la familia y luego se trasladó a Plasencia para encontrarse con el obispo Bernardo Conde Corral, su amigo.

Es probable. Seguramente hablaron largo y tendido sobre los últimos sucesos, el proyecto del Espíritu para abrir caminos a la nueva mujer y el deseo de viajar a Roma para “besar los pies de Su Santidad”... Cuando regresó a Madrid, Jerónimo se entrevistó con el nuncio para mostrarle su simpatía y adhesión.

Al enterarse del viaje a Roma, el obispo lo nombró su Procurador para hacer la Visita ad Limina Apostolorum en su nombre, 17 de junio de 1860. El mes siguiente escribió al nuncio agradeciéndole la acogida que dio a Jerónimo. Y añade este detalle de amigo fiel: “Creo bien que V. E. se persuadiría de la adhesión sin límites de aquel celoso y activo sacerdote a la Sta. Sede y a Ntro. Sto. Padre. No abrigando yo en esto la menor duda, pues le conozco hace muchos años, y sabiendo que se dirigía a Roma a besar los pies del Sto. Padre, le he encomendado el poder para hacer la Visita ad Limina”.

En las Antillas, algunos interpretaron mal el viaje a Roma y escribieron al nuncio y a la Santa Sede previniéndoles que el “cismático” Jerónimo lo hacía “por avaricia y ambición”, buscando un obispado. Era inútil intentar convencerles de lo contrario.

En esos momentos, todavía dolorosos, Jerónimo había tomado otro rumbo. Su barca navegaba mar adentro, henchidas las velas por el viento suave del Espíritu: su opción era darlo todo y darse a sí mismo a los pobres de las Antillas; al mismo tiempo, contagiar esa misma ilusión a un grupo de mujeres dispuestas a romper amarras, subir a su barca y compartir juntos la aventura de seguir a Jesús amando sin condiciones.

En agosto, Jerónimo viajó a Roma. El día 30, el arzobispo Cardelli le entregó el diploma de la visita hecha a San Pedro en nombre del obispo de Plasencia. A la vuelta, contaría a Bernardo todos los detalles y la decisión de iniciar la fundación. Confiaba en la amistad sin fisuras de su viejo amigo.

El 29 de mayo de 1861, Jerónimo publicó en el Boletín Eclesiástico de Plasencia su Carta dirigida a S.M.I. Napoleón III. En sintonía total con Pío IX, que cita ampliamente, le pedía que defendiese los Estados Pontificios para garantizar la libertad de la persona y del magisterio pontificio. Se atreve a hacerlo consciente de que cumplía con su “deber de buen católico, amando con amor santo y excelso la libertad de la Iglesia, y la paz”. Concluye la carta con estas palabras al Emperador: “Entendedlo bien, Señor: sólo en el triunfo de la verdad y del derecho; nada por la fuerza”.

El 10 de julio, Jerónimo pedía prórroga al Gobierno para retrasar la salida hacia Puerto Rico porque se encontraba en Madrid preparando “en una casa religiosa algunas jóvenes” que se encargasen de la Casa Escuela de San Ildefonso. El proyecto comenzaba a ser realidad, pero faltaba mucho por hacer y rezar...

A partir de ahora el obispo Bernardo ocupará un lugar destacado en la vida de Jerónimo y en la fundación de las Hermanas del Amor de Dios. Por eso lo presentamos: nació el 20 de agosto de 1814 en Leiva, La Rioja, y profesó en los premostratenses. Estudió teología en el Colegio de la Orden de Valladolid. Tras la excomunión, enseñó en Ciudad Rodrigo y se doctoró en teología en Madrid, siendo coadjutor de San Ginés. Párroco en las diócesis de Calahorra y Lugo, de cuyo Cabildo fue Maestro escuela y Deán, fue consagrado obispo de Plasencia el 21 de marzo de 1858. Trasladado a

Zamora, hizo la entrada solemne el 29 de junio de 1863. Era primo hermano del Dr. Tomás del Corral, médico de Isabel II, casado con D.^a Eugenia Usera, hermana de Jerónimo.

3.2 En el silencio de Griñón

No podemos precisar qué tiempo permaneció Jerónimo reunido con el grupo en Madrid. El hecho de hacerlo en una casa religiosa da a entender que fue poco. Seguramente escucharon su proyecto, la llamada de los pobres de las Antillas, rezaron juntos y se dispersaron hasta nuevos encuentros...

Finalizado el otoño madrileño, Jerónimo se trasladó a Griñón, un pueblo de la provincia de Madrid, para inaugurar la capilla de una casa de campo que había comprado su hermano Victoriano. Días después, todos regresaron a la capital menos Jerónimo. Por más que le insistieron, dice su sobrina Pilar, “quiso quedarse allí solo”, para rezar, meditar y escuchar la voz del Espíritu en el silencio de la naturaleza.

Si la paz de Uceda fue el tiempo de proyectar la misión, después de la dura experiencia africana, Griñón fue el lugar de total apertura al Espíritu para decir Sí a la fundación tras la prueba de fuego de Puerto Rico. Como Oseira fue el Sí al seguimiento de Jesús en el Cister y San Martín de Castañeda a la ordenación sacerdotal. Todos ellos con sabor a desierto y a oasis, tan distantes, tan dentro, y tan decisivos en la vida de Jerónimo y de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios.... Falta Toro, que llegará enseguida.

En el silencio de Griñón, el cisterciense Jerónimo rezó mucho. Necesitaba llenarse de luz y abrirse al “Padre amoroso del pobre”, para redactar los Estatutos de las Hermanas y transmitirles el carisma de consagrarse a la enseñanza por amor de Dios y para Dios.

Lo sabemos porque el 21 de abril de 1862 escribió al nuncio comunicándole el envío de 2.000 vellones para las necesidades del Papa; al mismo tiempo se excusaba de no poder contribuir con mayor cantidad y contaba lo que hacía en Griñón: “En la actualidad tengo un compromiso de establecer un Instituto que dé maestras piadosas e instruidas para educar a las niñas pobres de nuestras posesiones de Ultramar, y principalmente las de Puerto Rico a cuya iglesia pertenezco. Esto me impide el presente consuelo y la satisfacción de contribuir con mayor cantidad al levantamiento de las muchas y sagradas cargas que tiene sobre sí el padre común de los fieles”.

Una vez redactados, sometió los Estatutos al parecer de grandes personalidades religiosas para escuchar sus sugerencias. Entre otras, a la Madre Sacramento.

3.3 Toro, la casa madre

Cuando el obispo Bernardo conoció su traslado a la sede de Zamora puso a disposición de Jerónimo el viejo Palacio del Obispo, que la mitra tenía en Toro, para iniciar la fundación. Fue a comienzos de 1863.

Toro es un lugar privilegiado por la naturaleza, la historia y el arte. La Ciudad de D.^a Elvira y de la Leyes, fue capital de la provincia de su nombre hasta 1833, poco antes de la llegada de Jerónimo. Eso explica, en parte, su nobleza y esplendor. En la castellana ciudad del mudéjar permanecen aún numerosos conventos junto a palacios, hospitales y casas blasonadas. Entre las obras de arte, destaca la Colegiata de Santa María, románico de transición, con sus ábsides esbeltos, el bellísimo cimborrio y la solemne Puerta de la Majestad, o del Paraíso, con los coros de ángeles músicos alabando a Cristo que corona a María entre reyes y profetas. Desde la torre, se ve el horizonte infinito de los Campos Góticos con sus tierras de pan llevar y los numerosos viñedos que guardan en sus racimos el caldo universal de Toro. A los pies de Santa

María, la vega bañada por el padre Duero que discurre, tranquilo y majestuoso, bajo el puente de veinticuatro bóvedas entre los guindales en flor y la niebla dormida. Un autor moderno, escribe: “Merece la pena dedicar todo el tiempo que haga falta a contemplar esta soberbia y armoniosa visión de conjunto”.

Jerónimo se quedó y eligió a Toro para casa madre de la congregación. La llama cuna. Inmediatamente comenzó a renovar el destartado Palacio del Obispo con su aportación y con la ayuda de la gente sencilla de la ciudad que ha dado tantos hombres ilustres. Tal vez por eso comprendieron lo que significaba un colegio moderno para sus hijas. El 10 de mayo de 1863, presentó al Ayuntamiento las Bases. Ofrecía “un Colegio dirigido por maestras Religiosas en número bastante y que se encuentre al nivel de los mejores de España, y aún del extranjero, para la educación de las niñas, así pobres como pudientes”. El Ayuntamiento aceptó encantado y aprobó las Bases pocos días después, alegrándose, en palabras de su alcalde, que Toro fuese “la primera ciudad de España” que contaba con un colegio para “la educación completa de las niñas a la altura de la perfección y adelantamientos de la época” y con la metodología que Jerónimo había encontrado en los centros de “Inglaterra y Alemania”.

En Toro comenzaba a hacerse realidad la llamada interior del Espíritu que le urgía en Puerto Rico a trabajar por la liberación de la mujer ofreciéndole la mejor manera de conseguirlo: formación, cultura, afirmación de sus valores y confianza en la capacidad de desarrollo que la sociedad le había negado.

El 18 de septiembre de 1863 escribió al obispo que veía “muy próximo el día que ha de abrirse el nuevo colegio”, alaba la generosidad de los vecinos y de los pueblos cercanos que le han ayudado a salvar el edificio “de una inminente ruina... y de su total destrucción”.

Más tarde manifestó al alcalde de Toro, desde La Habana, su satisfacción por “contribuir a salvar de las ruinas un bonito edificio, que hoy día no sólo sirve de ornato a esa Ciudad, sino que está prestando los servicios más eminentes que pueda prestarse a un pueblo, los de la educación”.

Afirmar que la educación es el servicio más eminente al pueblo permite acercarnos al Jerónimo auténtico: abierto a los signos de los tiempos para descubrir la novedad de todo lo positivo y ofrecerlo a los demás. Es el Jerónimo de la Sociedad de Amigos del País y, al mismo tiempo, el contemplativo que sorprende siempre la belleza: en un edificio ruinoso, que merece ser restaurado para recuperar su oculto esplendor, y en un pueblo, mimando lo mejor de sí mismo, la formación integral de sus hijos.

Concluidas las obras, Jerónimo se dedicó de lleno a preparar a las primeras Hermanas de la nueva Congregación. Recordemos el grupo inicial que reunió en Madrid. Fue el germen. La Madre Sacramento también le presentó varias jóvenes dispuestas a decir Sí a Cristo y a la formación de la mujer.

Hoy puede parecer normal la apuesta de Jerónimo por la promoción de la mujer. Pero no es así. Había que demostrarlo con los hechos en un momento histórico donde las estadísticas de 1860 confirman que más del 90% de la población femenina española era analfabeta. Él fue capaz de hacerlo desde su fe en la belleza y grandeza de toda persona “creada a imagen de Dios” y amada hasta el extremo por el Dios que es Amor... No fue el único, pero sí uno de los pioneros.

El 11 de marzo de 1864, comunicaba a su amigo Bernardo la buena noticia: el domingo 13, salgo para Toro acompañado de “las seis hermanas maestras”. La calidad de la enseñanza iba en serio. En una época donde apenas existían mujeres tituladas, Jerónimo contaba con un grupo numeroso para poner los cimientos de la Congregación dedicada a la enseñanza.

3.4 En las Mercedarias de Toro

En la carta hay otro punto que no puede pasar desapercibido: la Madre Comendadora de las Mercedarias le ofreció su convento para prepararse y ruega al obispo se lo recuerde “para que esta pequeña comunidad pase la Semana Santa en compañía de aquella otra, de manera que sólo deberán pasar en clausura unas dos o tres semanas”. Ese año, la Pascua fue el 27 de marzo.

Efectivamente, en el convento de las Mercedarias de Toro se reunió el grupo primero llegado de distintas provincias: doce jóvenes, mayores de 18 años, decididas a compartir el ideal de Jerónimo y a prepararse, con él, para consagrarse al Amor de Dios y de los hermanos en el servicio de la formación de la mujer.

El lugar elegido confirma, una vez más, el espíritu del monje cisterciense que Jerónimo llevaba en sus raíces. En el austero y noble patio de doble galería, se sienten la luz, la paz, el silencio, la historia y la belleza; en la crujía del naciente, “se abre un amplio corredor sobre esbeltas columnas ochavadas con vista a la huerta”.

Aquí reunió Jerónimo la primera comunidad fundadora de Hermanas del Amor de Dios para rezar juntos, celebrar la Cena del Señor y vivir su Pascua... Aquí les expuso su forma de ver y de vivir el carisma de la nueva congregación y abrió sus ojos a las tierras lejanas de las Antillas donde había escuchado el llanto y la pobreza de la infancia abandonada que pedían a gritos acogida. Aquí les hizo ver que todo era obra del Espíritu. Y el cisterciense Jerónimo las invitó a fijarse en María de Nazaret como sólo puede hacerlo quien ha bebido en el limpio manantial de S. Bernardo: María humilde, llena de gracia, Madre de Dios, regalo de su Hijo a la Iglesia y a todos los hombres, Acueducto, Estrella, Sí total al Espíritu para que la Palabra habitase entre nosotros.

El 25 de abril Jerónimo creyó llegado el momento de dar el paso decisivo para insertar su carisma, y el del grupo reunido en oración, en el misterio de la Iglesia y pidió al obispo de Zamora la aprobación de los Estatutos largamente trabajados. El carisma recibido del Espíritu lo ofrece gratuitamente a “nuestro Instituto de Hermanas del Amor de Dios”.

El día siguiente, 26 de abril, el obispo aprobó los Estatutos y “la piadosa Asociación o Instituto” destinado a la formación de maestras para las Antillas, “y para la enseñanza y educación católica de las niñas en esta Ciudad y en cualquier otro punto donde sean llamadas las hermanas a este efecto”. Serán “personas consagradas dedicadas a formar su inteligencia y su corazón... donde quiera que la inocencia” se ponga en manos de las Hermanas....

El carisma, surgido en un contexto de pobreza y marginación de la mujer, pedirá siempre ser leído en esa clave para discernir la fidelidad al mismo. Pero el carisma es un don del Espíritu al servicio del Pueblo de Dios y la Iglesia, al asumirlo, pide a las Hermanas disponibilidad total para ofrecer el don gratuitamente recibido donde sean llamadas a servir a ese Pueblo. El número primero de los Estatutos aprobados lo expresa claramente: “El Instituto de las Hermanas del Amor de Dios se consagrará a la enseñanza donde quiera que sea necesario”. De nuevo, y siempre, la necesidad; experiencia vivida intensamente por Jerónimo, porque es ahí donde el Espíritu se hace presente para liberar a su pueblo.

3.5 El 27 de abril de 1864

Es el día del nacimiento de la Congregación del Amor de Dios. El obispo Bernardo se trasladó a Toro acompañado del Secretario y el capellán. Le esperaban Jerónimo –ahora Deán de La Habana-, su amigo D. Francisco Acevedo, mercedario exclaustro y arcediano de Santander; D. Cayetano Pérez, párroco de la Colegiata, D. Francisco Sánchez, “Alcalde constitucional de Toro”, y otras personas...

Juntos, pasaron al monasterio de Las Mercedarias. Resumimos el acta oficial: Enterado el obispo del proyecto de Jerónimo, y de la decisión de las Hermanas de seguirlo con espíritu de abnegación tan firme como “para dejar su patria y familia”, “bajo la protección y amparo de la Santísima Virgen María Madre de Dios en su advocación de Concepción Inmaculada”, convocó al grupo “a la reja del coro bajo, por dentro de la clausura, en la que se hallaban”. Les dirigió unas palabras, mandó leer los Estatutos y, aceptados por ellas, bendijo el hábito de las Hermanas “y mandó se les vistiesen ayudadas de las religiosas de la Comunidad”. Otras breves palabras y entonó el Te Deum que continuaron las Hermanas y la Comunidad, “procesionalmente por la clausura, volviendo al coro bajo, donde se terminó con las preces y oraciones de acción de gracias”.

Con el Sí de María y el cántico de gratitud al Padre, nació en la Iglesia la Congregación del Amor de Dios. En casa prestada, aunque rodeadas de ternura, para que todo tuviese sabor a la sencillez de Belén... En la vega de Toro, la primavera rasgaba de luz las ramas de los guindales...

En procesión, presidida por el obispo, las Hermanas se dirigieron “entre dos filas de acompañantes”, al hogar que Jerónimo les había preparado, su casa. Con “breves y sentidas palabras... se dio fin al acto”.

Toro vio por vez primera en sus calles, a “sus Hermanas de hábito azul”, y quiso celebrar fiesta el día siguiente acompañándolas hasta la Colegiata, corazón de la ciudad. Celebró la Eucaristía D. Francisco Acevedo. El obispo, Jerónimo y el párroco, ocupaban los sitios correspondientes. En la homilía, el obispo se dirigió a los asistentes, “que llenaban toda la Iglesia”, y les presentó la nueva fundación y el Colegio para sus hijas, “único en su clase en todo el distrito universitario de Salamanca”.

De vuelta, la procesión fue acompañada “por los acordes armoniosos de una música bien dirigida”. El salón del nuevo Colegio se abrió, por vez primera, para acoger a cuantos pudieron entrar. El Alcalde dio las gracias a todos por la obra realizada – “merced a la iniciativa del señor Deán de Puerto Rico”- y declaró abierto el Colegio.

Es significativo el comportamiento de Jerónimo. Durante dos días ha guardado silencio. En los momentos más intensos de su vida prefirió no restar protagonismo al Espíritu, pues todo era gracia. Cuando esperábamos oír qué había sentido durante las emociones contenidas en la primera toma de hábito de las Hermanas, el nacimiento de la Congregación, o la fiesta desbordante del pueblo, la crónica se limita a decir que contestó con breves palabras de agradecimiento; pero no las menciona. En todo caso, la gratitud es la respuesta más bella del creyente.

3.6 Primera profesión

La comunidad dio los primeros pasos en la vida religiosa acompañada de Jerónimo. El 30 de agosto, el grupo fundador tomó otra opción decisiva: pedir al obispo la profesión religiosa para transformarse en instrumentos del Señor “en la instrucción y santificación de las inocentes criaturas puestas a su cuidado... y deseosas de entregarse más de lleno a tan santa tarea”.

“Tan santa tarea”... La formación de las niñas ha significado para ellas la misma experiencia de fe que vivió Jerónimo con los pobres del Barco de la muerte. Las situaciones eran muy distintas, pero el contenido idéntico. Lo importante, para el cisterciense Jerónimo, era ayudarles a descubrir la capacidad de abrir intensamente los ojos y el corazón para sentir la mirada del Otro llamándote, invitándote a salir de tu tierra, de tu ego, y a dejarte sorprender por su grandeza siempre intacta, a compartir su existencia. En el despojo de ti hacia el Otro, descubres la epifanía de los otros, semejantes a ti que te piden lo que necesitan para ser felices. Pero más allá de la

epifanía del rostro que presenta M. Levinas, el cisterciense sabe mirar con los ojos de Jesús para quien todo ser humano tiene tal dignidad que merece la pena dar la vida por él, amar sin límites. Estamos en el corazón del Evangelio y de las Bienaventuranzas que reserva a los pobres, los limpios, los pacíficos, los perseguidos, los que lloran y tienen hambre, el privilegio de ver a Dios y de pertenecer al Reino.

El 2 de octubre, Jerónimo presentó al obispo Bernardo las reglas de las Hermanas y el Manual de oraciones. El 3, éste autorizó “a las primeras Hermanas del Amor de Dios”, a emitir “los votos simples... en manos del Director Espiritual, su Fundador”. El día 6, aprobó las reglas y el Manual. El camino para la profesión estaba definitivamente abierto.

El 16 de octubre de 1864 es otra fecha inolvidable en la historia de la nueva Congregación. Las once hermanas fundadoras, reunidas en la capilla de la casa cuna de Toro, pronunciaban el Sí al Seguimiento de Jesús, según las reglas. Jerónimo recibió sus votos en nombre del obispo y de la Iglesia.

Desconocemos la intensidad del momento histórico, porque no se conservan las palabras que dirigió el Fundador a la mujer nueva que soñó en las Antillas y que se hacía viva realidad consagrándose por vida a realizar la misión de formar a la mujer “con toda perfección”.